

# HABITAR LA CALLE

## en el capitalismo actual:

Una visión desde la economía política



# **Habitar la calle en el capitalismo actual: Una visión desde la economía política**

**Santos Alonso Beltrán**

**Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud - IDIPRON**

ISBN Obra independiente: 978-628-95507-1-9

## Introducción

El presente documento pretende abordar un filón de explicación a los cambios ocurridos en el fenómeno de habitabilidad de calle, ligándolo a las transformaciones que se han operado en el capitalismo contemporáneo. El texto presenta una hipótesis de trabajo derivada desde la economía política, en la que las formas de acumulación y valorización desplegadas desde los años ochenta del siglo XX, construyen un modelo particular de ciudad, con formas diversas de incorporación del espacio público a las dinámicas de la vida urbana y, con todo ello, maneras diferentes de vivir en la calle y vivir de la calle. Habitar la calle en una ciudad volcada a las dinámicas capitalistas de acumulación flexible produce nuevos sujetos y nuevas subjetividades en las poblaciones que hacen del espacio urbano su ámbito de desarrollo económico, social y cultural.

En esta tarea el texto inicia con la ubicación espacio - temporal de las transformaciones del capitalismo industrial Fordista al modelo Postfordista, y sus implicaciones en términos del desarrollo de formas de acumulación ligadas a las economías de los servicios, la especulación financiera, las formas colaborativas y en general la acumulación flexible del siglo XXI. En un segundo momento el trabajo relaciona el modelo de ciudad imperante en esos dos momentos de acumulación. Finalmente, el texto intenta dar cuenta de los fenómenos de habitabilidad de calle ligados a cada modelo de acumulación y a cada modelo de ciudad derivado de ellos.

## Del protocapitalismo al capitalismo Posfordista

La literatura especializada señala que el modo de producción capitalista, como todo sistema social, es dinámico y que sus transformaciones pueden rastrearse siguiendo los cambios operados en los mecanismos o sectores económicos desde donde se genera el valor. Así las cosas, el capitalismo como sistema social de producción tiene un carácter invariante basado en la explotación de la fuerza de trabajo y en la acumulación privada del valor producido a través de la propiedad de los medios de producción. El capitalismo como sistema social de la producción basa su esencia en el carácter social del trabajo y en la contradictoria apropiación privada del excedente. Sus variaciones

dicen relación con los sucesivos cambios en los sectores económicos que dirigen la producción de valor.

En la fase más reciente del capitalismo, la revolución técnico-científica de finales del XIX y su extensión y profundización luego de la primera guerra mundial, generó un adelanto sin precedente en el desarrollo industrial. La época dorada del capitalismo mundial se vivió luego de la segunda guerra mundial bajo la forma de un modelo económico, social y político que algunos han dado en llamar Fordismo. La gran industria, la producción en serie, la sociedad de consumo de masas, el fortalecimiento de la clase media y un pacto extraño entre el capital y el trabajo caracterizan esta época. En el ámbito político, el Fordismo moldeó la lógica de intervencionismo estatal que garantizaba el crecimiento económico sostenido. El Estado se convirtió en una especie de capitalista ideal dotado de una serie de herramientas complejas para intervenir en la economía nacional. La intervención económica estatal implicaba el manejo de la moneda, la injerencia en la fijación de las tasas de cambio, la destinación de subsidios directos e indirectos para promover el consumo, el arbitraje de los conflictos laborales y en general una gama amplia de acciones para promover el pleno empleo, la demanda efectiva y con ello el crecimiento de las economías nacionales.

Pero la principal característica del modelo Fordista debe buscarse en el protagonismo desempeñado por la producción industrial. Incluso la expresión Fordismo deriva de la implementación del modelo Taylorista de producción a la actividad fabril de la época, en especial a la producción de automóviles en la industria norteamericana. Los principios de la administración científica del trabajo desarrollados por Frederick Taylor revolucionaron la técnica productiva, pero más allá de su aplicación en la producción de bienes mediante proceso repetitivos estandarizados, el modelo de Taylor desarrolló una visión holística de la producción en la que el espacio, los obreros, las máquinas y el tiempo eran vistos como unidad inescindible. El siglo XX fue entonces el siglo de oro del capitalismo, el periodo de la expansión de la clase media, la época dorada del consumo de masas, el momento del intervencionismo de Estado, en general, fue la concreción del Fordismo que desde el traqueteo de la planta industrial se proyectaba a la vida social en conjunto. El modelo Fordista permitió al capitalismo en su modo de desarrollo industrial experimentar las tasas de crecimiento económico más altas y sostenidas de su historia.

Pero el capitalismo es dinámico, el crecimiento no puede sostenerse de manera indefinida, los altibajos del modelo son inherentes a su propio desarrollo y se presentan en forma de crisis constantes que, si bien no lo debilitan de manera terminal, si le permiten replantear las dinámicas de exacción y acumulación de valor. Para la década de los ochenta, el capitalismo mundial se aproximaba a uno de esos periodos en los que el ritmo de crecimiento se ralentiza, la acumulación de ganancia desciende, el consumo cae, el desempleo se dispara y las seguridades de una generación entera se ven amenazadas por una especie de desajuste estructural del modelo. Estas situaciones, como se dijo más arriba no son nuevas, basta echar una mirada a la década de 1870, a la gran crisis de 1929 o la crisis del petróleo en los años setenta para entender el ciclo crisis-recuperación-expansión-crisis que aquejaba el capitalismo desde sus inicios. Así pues, los ochenta marcaron la debacle del Fordismo y el replanteamiento del mo-

delo, tanto en la producción de bienes, al interior de la gran nave industrial, como en todo el orden cultural social y político que había creado.

Un nuevo modelo emergió ya no de la mano del mundo norteamericano y su industria automotriz sino conducido por la industria japonesa, y asiática en general, volcada a la producción por pedido, a la eliminación de los tiempos de espera entre fabricación y consumo, a la eliminación del almacenamiento y los inventarios, y a la satisfacción de las necesidades de los consumidores como motor fundamental de la planeación productiva. El modelo anterior derivó su denominación de la pujanza de las industrias Ford, el nuevo modelo haría lo propio respecto de la industria Toyota: del Fordismo se hizo transito al Posfordismo, incluso se le llegó denominar Toyotismo.

El nuevo modelo eliminó la estandarización de la producción en el entendido que la diversidad de las tendencias del consumo jalonaba una mayor versatilidad de la producción: diversos nichos de consumidores implicaban diversidad de productos de una misma gama. La sociedad cambió también. El modelo anterior se desarrolló en línea con el crecimiento de la clase media y de un consumo de masas, el nuevo modelo lo haría desde una sociedad basada en el consumo personalizado, la individualización y la disolución de los vínculos económicos del capital y el trabajo. Una sociedad de este tipo privilegió la acción individual, desplazó los criterios integradores de la división social del trabajo y, en su afán por la individualización, rompió los nexos políticos de la pertenencia de clase. La nueva sociedad moldeada por la nueva dinámica económica no necesitaba de un Estado interventor e hipertrófico sino de uno reducido, garante de las relaciones mercantiles y fiel guardián de la iniciativa privada. El Estado del Bienestar se convirtió en una pieza de museo, en su lugar se instaló el nuevo, delgado y neutral Estado Neoliberal.

Aparejado con las nuevas condiciones de la producción de bienes, se fue generando un desplazamiento del sector generador de ganancias hacia la venta de servicios, primero y a la especulación financiera, después. El neoliberalismo se instalaba con toda la fuerza de un modelo económico, social y político que reordenaba casi todas las relaciones en el capitalismo mundial. El modelo neoliberal transformó el capitalismo desde finales de los años noventa, pero esas transformaciones no hubieran sido posibles sin el piso de la revolución de las telecomunicaciones, el internet y la cibernética operada en el mudo tecnológico, y aplicadas a los nuevos sectores de generación de valor. Un mundo más pequeño, interconectado, volcado a la virtualidad del internet, fue la autopista más expedita para la especulación financiera.

El sector especulativo creció a pasos agigantados. Como lo había vaticinado la economía política, la relación estrecha entre el sector real y el mundo de las transacciones financieras iba a sufrir una separación profunda. Las transacciones en la red, los negocios en la virtualidad, los flujos de cuasidineros, los mercados de títulos y valores, en fin, ese mundo de la especulación financiera conquistó un lugar privilegiado en la generación de ganancias para los inversionistas. El capital del sector real se fugó en busca de este nuevo nicho económico, las empresas casi desaparecieron, miles de antiguos obreros cayeron al desempleo, y los brókeres emergieron como el nuevo ar-

quetipo del “trabajo” y del “éxito”. Una nueva sociedad emergía también con ellos: una sociedad individualizada al extremo, volcada al mundo virtual, con un consumo hiperespecializado manejado desde la red.

Es en este contexto que surge la iniciativa de colonizar espacios de relacionamiento social en los cuales primaba la libertad y la resistencia de los pequeños productores, o de los consumidores, a las iniciativas de monopolización, consumismo y explotación del trabajo. Los espacios sociales en cuestión son aquellos que surgieron en el desarrollo de acciones de solidaridad y cooperación entre sujetos que se asociaban para reducir los impactos negativos que el avance voraz del capitalismo generaba en el medio ambiente, en los valores de las comunidades y en la satisfacción de sus necesidades, siempre al margen de los circuitos políticos o económicos institucionalizados.

Así, por ejemplo, las comunidades virtuales creadas para usar de manera compartida un automóvil fueron transformadas en un negocio rentable de la intermediación en transporte urbano, que desafía todas las iniciativas de regulación. La acción de los grandes inversionistas fue limpia y contundente. Tomaron el modelo de la comunidad virtual de solidaridad para montar sobre él la oferta de propietarios de automóviles dispuestos a transportar personas con usuarios que demandaban el servicio, en un modelo de competencia desahogada y desregulada. La misma suerte corrieron los intentos de solidaridad de las comunidades de viajeros que fueron reorientadas como mecanismos de alquiler de habitaciones por fuera de la formalidad de la oferta de hoteles y alojamientos. En las comunidades de trueque de trabajo operó la misma lógica: reconstruirlas como un negocio en la red que permitiera conectar a los que “ofertan trabajo” con quienes “demandan trabajo”.

Aquí las herramientas descritas para hacer frente a la tendencia decreciente de la ganancia y para el uso provechoso de la crisis, fueron llevadas a nuevas dimensiones. En principio, la desregulación laboral se implementó como modelo a seguir: por ejemplo, los conductores, y los trabajadores en general, no disfrutaban de vínculo alguno con la plataforma que los conecta con los usuarios, pero que sí se les exige un monto por la intermediación, quedando desprotegidos en términos laborales; no existen límites de tiempo para las jornadas de trabajo ni siquiera un parámetro para determinar los montos de la intermediación.

Finalmente, la “eliminación del espacio por el tiempo” estuvo también a la orden del día: conectar al usuario y al prestador del servicio reduciendo los tiempos muertos de producción de valor se convierte en la máxima de la intermediación; con ello se garantiza una generación de valor casi ininterrumpida. Los inversionistas de estos negocios saben que la crisis es solo una nueva oportunidad para el desarrollo de nuevas modalidades de generación de valor y, tras la libertad, la autonomía, la necesidad de un servicio y la resistencia a la regulación, han montado un lucrativo negocio que somete Estados y comunidades.

## **Capitalismo y espacio: la generación de valor más allá del tiempo**

Como se ha venido mencionando, el capitalismo sobrevive a condición de acelerar los ritmos de producción y, con ello, de generación y acumulación de valor. El tiempo en esta dinámica pareciera el único y esencial vector de la producción. La mayor velocidad en los tiempos de producción, la reducción de los periodos muertos entre la oferta y la demanda, la lucha contra la jornada laboral para extenderla más allá de los límites naturales, y la reducción de los tiempos de abastecimiento de todos los factores de producción entre regiones, fueron imperativos categóricos en la acumulación de capital. Sin embargo, la producción capitalista no es sólo un fenómeno atado al tiempo, sino que es ante todo un fenómeno desarrollado en el espacio físico, un espacio que es dinámico, que cambia, que no puede considerarse solamente como el contenedor donde se ubica la parafernalia material de la producción de bienes y servicios. El espacio del capital es el espacio social, es el espacio de la relación capitalista, es el espacio de la producción y del consumo, del proceso de trabajo y del proceso de valorización, en últimas es espacialidad del capital.

La lógica espacial del capital está relacionada directamente con su modo de desarrollo y con las dinámicas técnicas y tecnológicas que lo soportan. El espacio, como relación social del capitalismo mercantil está directamente relacionado con la formación de los mercados nacionales, con la creación de esos centros de acopio de materias primas en el mundo de las colonias, con la conquista de mercados allende las fronteras nacionales, y en general con el modelo de formación del mercado interno y con la creación de los rudimentos de las economías al interior de los nacientes Estados. El modelo espacial del mercantilismo está en relación directa con la centralización del poder en manos de la monarca, con el desarrollo de lógica comercial de las alianzas comerciales, está ligado con la lógica de conquista de territorios para abastecerse de materias primas y mano de obra barata. A su vez un capitalismo con un modo de desarrollo agrario está soportado en una imagen espacial diferente: la hacienda, las formas de trabajo cuasiservil confinadas a un espacio territorial demarcado, sin grandes flujos de comercio, con regiones autocentradas y autosuficientes, con baja movilidad entre países, en fin, un modelo espacial afincado en la dureza de la vida rural y sus lógicas lentas de realización del valor y el comercio, son el sino de la dinámica espacial del mundo agrario. El capitalismo en su modo desarrollo industrial y en sus diversas etapas de Fordismo, Posfordismo, financiarización, tercerización y economía colaborativas implica un arreglo espacial.

La línea de producción, la estandarización de procesos, el diseño científico de los puestos de trabajo y la supervisión funcional, características del Taylorismo, son en sí mismas formas de organizar el espacio como contenedor de la actividad fabril. En oposición, o en clara superación de sus características esenciales, el Toyotismo es una forma diferente de usar el espacio al interior de la planta de producción con una apuesta espacial por la celda de producción, por la multifuncionalidad de los procesos y operaciones que prefiguran estaciones de trabajo polivalentes y formas de control

desconcentradas. Una planta de producción del mundo Taylorista es espacialmente diferente a una ordenada desde el modelo Postaylorista. Pero allí no queda la diferencia en términos espaciales; el orden espacial del capitalismo no se limita a ordenar físicamente el adentro de la planta de producción, sino que rebasa la limitación física de la nave industrial para ordenar también el afuera: la relación entre la producción y los centros de abastecimiento; los nexos entre la producción y el consumo; las conexiones entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización. La disposición espacial del capitalismo implica que los flujos de factores de producción sean constantes, fluidos, en ello es esencial la macrolocalización de la nave industrial en relación con las zonas de acopio de materias primas e insumos. Por ello la contigüidad a las zonas agrícolas, a las regiones de producción de materias primas e insumos básicos, y a las zonas de consumo de los bienes producidos determinan en buena medida la ubicación de las zonas de manufactura. En términos de microlocalización, las plantas de producción se ubican en relación con los desplazamientos de la fuerza de trabajo, de las dotaciones institucionales, de la infraestructura urbana. La producción de bienes y servicios en el mundo Fordista construye una organización específica del espacio en el adentro del mercado nacional.

Así, el sistema internacional del Fordismo, en términos espaciales, ordenó el globo como interioridad de un gran mercado mundializado donde los flujos de factores de producción señalaron las regiones atractivas y menos atractivas en el concierto de las relaciones internacionales y, como se sabe, incluso construyeron los conflictos políticos que marcaron la geopolítica hasta finales del siglo XX. El Posfordismo es también una forma espacializada de organización capitalista. Con el agotamiento de los modelos típicos de desarrollo, experimentados hasta finales del siglo XX y la emergencia de nuevos polos de desarrollo en regiones que antes eran poco atractivas para el capital, pero fundamentalmente por la irrupción de la economía de servicios implementadas desde la revolución tecnológica, la lógica espacial fue muy diferente. La contigüidad, la ubicación física de los emplazamientos industriales, los centros de acopio, la ubicación de los trabajadores, en fin, todos los elementos necesarios para la producción fabril se fueron desconcentrado, desterritorializando y generando opciones de flujos de esos mismos factores con una volatilidad y una velocidad que ya no debían estar amparados por una región, un punto concreto.

En esa descentralización de la producción de bienes en otros países, se desarrolla un nuevo modelo del orden espacial del Posfordismo. Las nuevas formas de producción desterritorializadas, y los flujos comunicacionales arbitrando las relaciones entre la fabricación y el consumo, derivaron en una forma especializada diferente, en la que las tecnópolis, las regiones pivótales y en general las dinámicas de integración económica virtualizadas reconstruyeron el orden mundial.

Las economías colaborativas, el emprendimiento tecnológico y los negocios derivados de esa llamada economía naranja no necesitaron de un orden espacial rígido, al contrario, hicieron saltar en añicos las restricciones territoriales de los Estados-Nación para adentrarse en los mercados nacionales sin las cortapisas de las legislaciones locales. Incluso el Estado-Nación como contenedor espacial de las dinámicas económicas empezó a considerarse una pieza de museo que, antes que alentar la iniciativa y el de-

sarrollo económico, fue percibido como un verdadero estorbo para la productividad de estos nuevos negocios.

La experiencia espacial de los ciudadanos en cada periodo fue diferente y estuvo ligada a esa reconstrucción de las lógicas de la producción y el consumo en las escalas de lo local, lo nacional, lo regional y lo mundial. La ciudad merece por ello una aproximación más detenida para develar sus lógicas de reconstrucción espacial, tal vez ello nos ayude luego a entender las nuevas dinámicas de habitar el espacio urbano y de vivir la experiencia de la vida en la calle.

## **Ciudad, espacio público y vida urbana: habitar la calle en el capitalismo posindustrial**

Nuestras primeras reflexiones apuntaron a situar la discusión entre espacio y capital con el objetivo de ubicar en ese contexto amplio la emergencia de la ciudad. El mundo urbano es por supuesto el ámbito geográfico en el que se concentra la producción, intercambio y consumo de bienes y servicios. En el espacio físico de la ciudad se densifica la infraestructura productiva, en él se concentran, encuentran y combinan los factores de producción. La ciudad con sus fábricas y sus chimeneas, con sus centros comerciales y sus almacenes, es la ciudad del capital. Sin embargo, la ciudad no es solamente eso, la ciudad es esfera pública, es vida política, es encuentro y participación. Ser ciudadano significa tanto estar en la ciudad y habitar en ella, como ser parte de las dinámicas sociales y políticas que se derivan de permanecer en su interior. La ciudadanía conlleva derechos y obligaciones políticas.

Como se sabe, la ciudad emerge en plena modernidad, como espacio real en el que las personas habitan para vivir mejor y lo hacen en atención a que ella brinda las mejores condiciones físicas para la vida humana, pero también es la ciudad la que permite el desarrollo de la vida política, de la acción humana en común, es en ella en la que se verifica la existencia de la esfera pública. La modernidad del capitalismo y del Estado-nación emerge justamente de esas interacciones urbanas, de la concentración de las relaciones comerciales en puntos geográficos, de la ubicación de centros de producción, del desarrollo de la infraestructura necesaria para la producción de bienes y para su comercio, de la concentración de la población como mano de obra, de la eliminación de las distancias físicas para converger de manera casi inmediata a la generación de mercancías. En esa ciudad, en esa concentración poblacional, de infraestructura y de actividades comerciales y productivas, emerge el ciudadano moderno, un individuo, un sujeto, un actor económico. Es en la concentración capitalista en la ciudad de donde se puede derivar ese razonamiento atomista del individualismo burgués, de los derechos formales. Un ciudadano es ante todo individuo, un átomo del mundo social, único e indivisible, provisto de razón y en búsqueda de su máximo bienestar posible. En ello es sujeto, un ser dotado de voluntad y razón propias, interpreta al mundo desde su propia perspectiva. El uso de la razón, su autonomía y su voluntad como sujeto, su carácter individual lo lleva a ser un actor económico, un maxi-

mizador nato que en el mundo del mercado encuentra la realización de sus intereses individuales interactuando en franca competencia con sus iguales, también libres, también autónomos, también maximizadores natos. Como esa interacción, como esa competencia puede tornarse violenta, ese individuo, ese sujeto, ese actor económico, es sobre todo un ciudadano, tiene derechos y libertades, disfruta de prerrogativas propias de su vida en comunidad, participa de las decisiones en común, le es posible participar tan directamente que puede elegir y ser elegido para orientar los destinos de la vida en común.

La acumulación capitalista encuentra en la ciudad el punto nodal de su desarrollo y aceleración. La ciudad es producto del capital, el capitalismo solo puede vivirse en el orden urbano. La libertad, la propiedad privada, los derechos individuales son siempre derechos burgueses, derechos del actor económico, derechos del propietario. La burguesía, esos habitantes primigenios del burgo, se convierten en los detentadores del poder económico, y jalonan con ello la densificación geográfica de la población. La acumulación originaria es la historia paralela de la concentración del capital y de la coerción.

A su vez, la división urbana marca claramente espacialidades más específicas para el desarrollo de la producción capitalista. El capitalismo industrial de finales del siglo XIX y principios del XX muestra esa división en la ordenación de la ciudad mediante la ubicación de grandes naves de producción de bienes, de verdaderas ciudades industriales dentro de la ciudad. El orden urbano de esta ciudad aparece concéntrico a esos gigantescos emplazamientos industriales. La fábrica delinea el emplazamiento de las barriadas obreras, de los centros de comercio, de la dotación institucional. Incluso las calles operan como venas conductoras hacia la actividad fabril.

El Posfordismo implica una ciudad más que para la producción, para el consumo. No es necesario repetir el cambio espacial del capitalismo en el modelo Toyota, basta señalar que la desconcentración, desterritorialización y la flexibilización del nuevo modelo impactan de forma importante en el orden espacial de la ciudad. Las grandes empresas, con sus enormes plantas industriales, abandonan el área urbana para difundirse en otros espacios fuera del espacio urbano, ya en los bordes de la gran urbe, construyendo una nueva ruralidad, una especie de zonas ru-urbanas, ya en otros territorios, allende la frontera estatal como en el caso de las regiones de maquila, de producción satélite, de tercerización.

Al interior la ciudad cambia. Las zonas industriales fenecen y dan lugar a nuevos fenómenos espaciales. En algunas áreas dan paso a zonas comerciales, turísticas y de vivienda. Las grandes superficies, los hipermercados, las zonas francas, los “Malls”, emergen de las ruinas de las empresas manufactureras, las colosales estructuras de hierro, chimeneas y hollín rápidamente se convierten en refulgentes edificios de vidrio y metal, con carteles y promociones de marcas famosas, con superficies extensas de almacenes, teatros, consultorios, parques internos, con miles de lugares de parqueo, con promesas de una vida autónoma en su interior. En otros lugares los antiguos emplazamientos industriales se transforman en conjuntos residenciales, en zonas de vi-

vienda para sectores de extracción social media y baja. Y en otras, simplemente se vuelven coto de caza de actividades ilegales y delincuenciales como el microtráfico, la explotación sexual, el contrabando, la venta informal. Un movimiento pendular se desarrolla entre áreas de la ciudad en ruinas, poco atractivas para la construcción o la ubicación de actividades comerciales que se convierten luego en espacios de valorización donde se ubicaran nuevas oportunidades de construcción, de ubicación de infraestructura, en fin, en nuevas zonas de generación de valor, para ser tugurizadas otra vez y revalorizadas nuevamente.

En tanto el espacio se revaloriza, luego de su tugurización, se crea una nueva ciudad. De una urbe con un centro único y ubicable, desde el cual pareciera emerger las demás construcciones, como en una especie de espiral, la ciudad se vuelve policentrada, los circuitos de consumo crean nuevas áreas comerciales, los grandes almacenes se multiplican y a su alrededor se van desplegando conjuntos residenciales, infraestructura aneja a la accesibilidad y confluencia a esos puntos.

La espacialidad urbana capitalista del Posfordismo anuncia las transformaciones de la movilidad, de los circuitos de interconexión, de las nuevas condiciones de la proximidad y la contigüidad, de los nuevos espacios y de las nuevas formas en las que esos espacios proveen los mecanismos de creación de valor. En esta nueva dinámica se posiciona el Coworking, que, traducido a su propio lenguaje, en su propia definición, es una forma de trabajo que permite a profesionales independientes, emprendedores y pymes compartir un mismo espacio de trabajo, tanto físico como virtual, para desarrollar sus proyectos profesionales de manera independiente, a la vez que fomentan proyectos conjuntos. De la misma manera, la venta de servicios y mercancías a domicilio desarrolla una nueva forma espacial en la que ya no es necesario desplazarse, asistir al lugar de distribución o comercio, al consultorio o a la agencia, los productos llegan a la casa, el servicio se presta al interior del domicilio. Con esta transformación ya no es necesario tener un lugar, una infraestructura, una locación, basta con estar en la red, con anunciarse, con existir en la virtualidad. Nunca se está lejos del lugar de acopio, hasta los confines de la ciudad llegan los tentáculos del comercio en línea.

Desplazarse en una ciudad así, en una ciudad volcada al consumo, a la virtualidad, al comercio on-line, genera una nueva movilidad, y con ello otra arista de esa nueva espacialidad. Los grandes desplazamientos se vuelven menos frecuentes, en su lugar se instala la micromovilidad, con la tecnología y los aditamentos urbanos necesarios para su ejercicio. Asistir al trabajo ya no implica ir hasta la casa matriz, viajar hasta la oficina en el otro extremo del centro urbano. Basta con ir al centro más cercano de coworking. Lo mismo ocurre con el servicio a domicilio, ya no se trata de un desplazamiento largo y demorado, la contigüidad, lo policentrado de la ciudad, la nueva espacialidad del capitalismo de servicios, del mundo financiarizado, permite que la atención en casa, que la puesta del producto en la puerta de la vivienda se haga desde el lugar más cercano de su almacenamiento, de su preparación. Por supuesto en línea con ello, las tecnologías de la movilidad cambian para atender desplazamientos más cortos y más frecuentes; si bien no es el declive total del automóvil, su ocaso se asoma, el carro se ahoga aplastado por las externalidades negativas que genera su uso, por los costos asociados, pero, sobre todo, por la mínima versatilidad de su desplazamiento que no responde al nuevo modelo de ciudad.

## **Ocupar la calle y vivir en la calle: la miseria de la calle o la miseria en la calle**

En esa ciudad como arreglo espacial capitalista, la calle es un espacio físico destinado a la movilidad de los ciudadanos, a la conexión de los espacios físicos urbanos y en general, al desarrollo de la vida cotidiana de sus habitantes. La anterior afirmación es casi que una verdad de Perogrullo, la calle, a primera vista, no es más que el corredor, que el conector, que el espacio físico de comunicación: por ella transitan los ciudadanos, por ella se desplazan los autos, alrededor de ella se ubican los lugares donde se trabaja, se habita, se estudia, se compra, se produce, se vive; en general la calle podría equipararse al sistema circulatorio de los humanos; la ciudad, cual si fuera un ser vivo, transporta a todos sus órganos —los espacios urbanos— los nutrientes necesarios para su sostenimiento, así, el intrincado sistema de circulación urbana tiene en la calle el espacio de capilaridad por excelencia y en ella habrían circuitos más importantes que otros, más fluidos, más rápidos, más congestionados y a su vez otros menos importantes, menos concurridos, menos utilizados. Esta jerarquización en el caso de la calle no es solo un problema de su estructura física sino de las interacciones sociales que se desarrollan sobre ella.

Sin embargo, otros acercamientos pueden mostrar como la calle obtiene múltiples funcionalidades. La calle entonces no es solo un mecanismo de circulación de los factores de producción y de las mercancías y productos terminados. La calle como parte de la espacialidad capitalista de reproducción del valor es un espacio social conflictivo, lleno de contradicciones entre sus ocupantes, con tensiones por la jerarquización de sus usos, por la regulación de las actividades que se desarrollan en ella. A su vez, esa calle es también un espacio de socialización, un lugar donde se proyecta la vida en comunidad, un espacio anejo a la vida privada, su complemento y su superación. Como espacio de socialización, la calle permite el encuentro con el otro, la generación de identidades, la interacción entre clases y estratos sociales. Las calles son dibujadas, casi prefiguradas por la interacción social: las alamedas, las zonas anejas de recreación pasiva, los corredores para el tránsito, las zonas verdes y la arborización, la infraestructura de movilidad vehicular, etc., son diferentes según la extracción social de los habitantes que las que las ocupan. Esa misma calle es espacialidad de poder, teatro de ocurrencia de las luchas políticas. La manifestación política se mueve en la calle, la utiliza como espacio para visibilizar sus demandas. Una marcha, una movilización, un plantón, un bloqueo de vía, un disturbio, un retén, incluso una puesta en escena para reclamar un derecho se realiza en la calle. La calle es el espacio político por excelencia.

Todos estos “usos”, estas aristas de la ocupación de la calle se presentan de manera simultánea y conflictiva. Priorizar o jerarquizar la importancia de alguno de ellos en desmedro de los otros puede aumentar aún más las tensiones que se orquestan a su alrededor. Sin embargo, en aras de la explicación para ordenar su ocurrencia y relación se podría acudir nuevamente a la explicación marxista del capitalismo para señalar que la contradicción fundamental en lo económico señala para el espacio capitalista

una articulación subordinada de las otras luchas sociales. En ese mismo sentido las disputas por la utilización de la calle están en línea con la condición estructural de la calle como espacio de producción de valor.

Las calles de la ciudad son un teatro de contradicciones y acciones sociales complejas. A todo lo expuesto antes habría que agregar la posibilidad de habitar la calle, de vivir en la calle, de hacer de ese espacio el ámbito en el que se desarrolla la vida orgánica y biológica, pero también la vida social y económica de muchos individuos. Múltiples aproximaciones pueden darse sobre el fenómeno.

La primera puede apelar a su romantización. En este abordaje la libertad, la autonomía individual, la rebeldía, la ruptura de tabúes, un componente anticapitalista y un toque de iconoclastia, se hermanan con una apología del anarquismo individualista llevado a su máxima expresión. Sólo aquel que ha logrado una ruptura total con los valores y prácticas socialmente aceptadas, quien ha roto sus lazos con la familia y las instituciones tradicionales, quien no se quiere dejar subyugar por los dictámenes de la dominación capitalista, puede optar por estar en la calle y hacer de ella, y de las relaciones que allí construye, su forma de vida. La figura de Diógenes de Sinope, Diógenes “el viejo” o “el cínico”, aquel filósofo presocrático que, según la narración de Diógenes Laercio, hizo de las calles su hogar, habitaba apenas en un barril, no tenía ninguna propiedad y su comportamiento y sabiduría eran una especie de acicate, de burla y de denuncia de la moral, de la suntuosidad y las tradiciones del momento, se convierte en el pensador de cabecera y en el modelo a seguir en esta dulcificación de la vida en la calle. Para este abordaje, hacer de la calle el espacio de vida orgánica y social es una muestra por antonomasia de la libertad, de la libre determinación. Incluso se llega a entender como un estilo de vida, una especie de apuesta por la diferencia frente a un mundo uniformado y monótono. Esa apuesta por la diferencia implica el regreso a formas antiquísimas de sostenimiento económico. En esta perspectiva, quien habita la calle retorna al nomadismo y a la recolección, regresa a las formas primitivas de relacionamiento social basadas en la reciprocidad y el intercambio entre iguales, se desprende de las comodidades de un mundo extravagante y retorna a la simplicidad de la posesión y el uso de lo mínimo, de lo vital. Habitar la calle de esta visión podría considerarse la realización de la máxima individualista: yo, el supremo.

Por supuesto, la romantización de la vida en la calle olvida una serie de aristas complejas y nada agradables para quienes optan por ella. La extrema vulnerabilidad que se padece frente a la violencia, el abuso físico y sexual, la carencia de mínimos vitales, la persecución, la estigmatización y el aislamiento, se convierten en consecuencias no buscadas de habitar en la calle. Con seguridad estos peligros y amenazas asociadas, son más dramáticas en sociedades menos estructuradas, con institucionalidades débiles, con diferencias económicas muy marcadas, en fin, habitar la calle en un país desarrollado, con un esquema de atención y provisión de derechos mínimos completo, con políticas públicas para dignificar la vida de quienes optan por hacer de la calle su lugar de vida, es mucho más amable que hacerlo en un país pobre, en una sociedad violenta y sin instituciones sólidas que provean los derechos y libertades mínimos para la vida digna. Los ricos pueden jugar a habitar la calle, porque hasta el mismo Estado puede ayudarles a que esa opción se viva de manera menos cruel y tal vez cuando se

cansen de jugar pueden volver a sus vidas habituales, pero el pobre no tiene opción, no puede entrar y salir de su vida en la calle, no puede demandar dignificación y reconocimiento, debe someterse a ser visto como el paria de la vida urbana. Sin embargo, se puede aceptar que habitar la calle es también una opción de vida, una apuesta por una existencia diferente, la manifestación de la voluntad individual y una forma particular de estar en la ciudad e integrarse de manera alterna a sus dinámicas y prácticas sociales.

Una segunda entrada al análisis de esta situación puede darse desde la sociología y su aproximación a las dinámicas que crean el fenómeno de habitabilidad de calle. Habitar la calle puede significar la consumación de la ruptura de los lazos familiares y la búsqueda de nuevos referentes y nexos en el entorno amplio y peligroso de la vida urbana. La ruptura de los lazos es consecuencia de múltiples fenómenos al interior de la estructura familiar y social: las carencias económicas, la violencia intrafamiliar, el abuso sexual, la falta de perspectivas y futuro para los jóvenes, las fallas latentes en la institucionalidad educativa y laboral, entre otros. Todo ello lleva a que la calle se convierta en el espacio afectivo perdido, en el ámbito de catarsis frente a la violencia intrafamiliar, en la oportunidad de rebusque económico, de búsqueda de identidad. En fin, la calle aparece como el sucedáneo de la vida familiar e institucional fallida. Desde esta disciplina, el fenómeno aparece como un objeto de estudio en términos de las prácticas sociales que desarrollan quienes habitan las calles. Los sociólogos se ocupan de analizar las formas colectivas de organización como los “parches”, sus mecanismos internos de cohesión, sus símbolos, sus lenguajes, sus formas de percibir y ser percibidos por los demás. Incluso el afán investigativo lleva a preguntarse sobre las prácticas económicas, legales, ilegales y criminales, desarrolladas y sus relaciones con la administración pública para desde allí derivar orientaciones y críticas a la política pública. Desde esta perspectiva habitar la calle hace parte del plexo de relaciones producto de una sociedad desestructurada, violenta y con mínimos soportes afectivos que viven las personas en la ciudad, especialmente los jóvenes.

La economía política provee una visión más integradora y crítica del fenómeno, lo relaciona con la base económica, con su conexión con la institucionalidad política, cultural e ideológica que soporta. Habitar la calle no puede verse solo desde la romantización del anarquismo, ni desde las prácticas culturales y sociales, como si el fenómeno hiciera parte del paisaje urbano. Habitar la calle debe verse como un fenómeno que tiene su base en el modelo de desarrollo y en los mecanismos de espacialidad económica que se despliegan en la urbe del capitalismo posindustrial.

Así pues, desde la economía política, el fenómeno de habitabilidad en calle puede responder a las dinámicas de acumulación del capitalismo, tanto en su faceta de integración de los factores económicos a las dinámicas de producción, como a las relacionadas con la exclusión social de importantes capas de la población urbana. La calle se presenta como un espacio posible de ocupación en las lógicas de vivir en la calle y de vivir de la calle.

Se puede vivir de la calle, y el capitalismo permite e incluso genera que esto pueda su-

ceder, como resultado de múltiples circuitos económicos que la utilizan para la explotación del trabajo y la generación y acumulación de valor. Ya se señalaba que la venta informal puede ser una actividad que desde los mecanismos de distribución de las mercancías puede usar la calle como canal predilecto. En ello, la mano de obra barata, incluso en condiciones de absoluta pauperidad, se encargará de unir la producción de bienes con el consumo mediante la comercialización en el espacio público. La venta callejera si bien tiene una arista legal como actividad de rebusque económico, también puede prestarse a las lógicas delictivas del microtráfico, el contrabando, la cartelización de los lugares y espacios para la realización de actividades comerciales, etc. La explotación del trabajo en general, y del trabajo infantil en particular, hacen parte de estas lógicas de generación de valor. Quienes se dedican a esta actividad devengan de su permanencia en la calle el sustento necesario para su subsistencia que, como se puede intuir, apenas les permite el disfrute de los mínimos de vida. La permanencia en la calle de estas personas puede darse por periodos prolongados de tiempo, la mayor parte de su vida la pasan afuera de sus casas, en esas actividades comerciales, pero con seguridad retornan a sus hogares en algún momento de su jornada, generalmente de noche, para descansar y llevar su vida familiar.

En el vivir de la calle se puede ubicar también una amplia franja de la población urbana que se dedica a actividades de reciclaje y disposición de recursos aprovechables. Los recicladores conforman una fracción importante de los individuos que viven de la calle, que permanecen un tiempo prolongado de su día en ella, que en ella comen e incluso dormitan mientras realizan su actividad económica, pero una buena proporción de esta población regresa a sus hogares en las jornadas contrarias a su actividad económica de recolección y venta de los materiales que acopian. Con la tecnificación y la organización de los grupos de recicladores en cooperativas y la formalización y dignificación de su actividad, cada vez son menos los sujetos que deben usar la calle no solo como despensa sino como lugar de habitación. Como se verá más adelante, las carretas y vehículos que utilizan los recicladores pueden convertirse en habitáculo, pero los recursos devengados en su actividad muchas veces son utilizados para el alquiler de habitaciones en pensiones, posadas u otras formas de alquiler de cuartos.

La prostitución es otra actividad que aún en la frontera entre la legalidad y la ilegalidad tiene su teatro de ocurrencia en la calle. Quienes se dedican al trabajo sexual, sobre todo aquellas personas que no lo hacen al interior de un establecimiento, permanecen mucho tiempo en la calle, en las aceras, en las plazas públicas. El momento de “negociación” con el usuario de servicios sexuales se realiza afuera y en muy pocas ocasiones el encuentro se desarrolla en la misma calle, se opta por el alquiler de habitaciones o sitios donde el acto sexual se pueda realizar. Aunque quienes se dedican a esta actividad pasan buena parte de su tiempo fuera de sus hogares, lo cierto es que en la gran mayoría poseen un espacio de vivienda en el cual permanecen mientras no la ejercen. En este sentido, ellos también viven de la calle, también solucionan en ella su vida económica, pero de la misma manera mantienen relaciones alternas con sus lugares de habitación.

Entre las dinámicas que pueden hacer de la calle un espacio permanente para generar recursos económicos, sin convertirla necesariamente en lugar de habitación, están las actividades abiertamente ilegales del robo, el atraco y otras de las conductas

criminales que se han dado en llamar delitos de alto impacto. Las personas dedicadas a la comisión de estas conductas ven en la calle su “coto de caza” en el que encuentran las víctimas de sus actividades. Los ladrones permanecen mucho tiempo en la calle, incluso pueden entender la realización de sus fechorías como una ocupación a tiempo completo, pero, como toda ocupación, implica una separación entre el tiempo y el espacio en el que se desarrolla y los tiempos y espacios de la reproducción de la vida orgánica y biológica. En esta actividad, como en las otras ya reseñadas, se vive de la calle, se permanece en ella por mucho tiempo, se deriva de ella el sustento y se pueden entablar en ella relaciones sociales duraderas con los demás sujetos que la utilizan de la misma manera, pero, aunque algunos de ellos puedan utilizarla de forma esporádica como un lugar para dormir, o permanecer en ella por días consecutivos, ninguno de ellos la convierte en su lugar permanente de vivienda.

Por supuesto vivir de la calle, en cualquiera de las posibilidades arriba reseñadas, no es una elección, no se escoge de manera voluntaria, todo lo contrario, se da como alternativa única y obligada para quienes, por su baja cualificación, sus dificultades para el acceso a recursos de toda índole, o por carecer de conexiones con circuitos económicos solo tienen como alternativa usar el espacio público urbano como nicho económico. En esa doble condición de mecanismo de integración de trabajo humano a la generación de valor mediante la comercialización y distribución de bienes, y de espacio de marginalidad económica para poblaciones sin posibilidades de devengar su sustento económico es que se puede considerar el papel de la calle, del espacio público, como mecanismo integrado a las lógicas del capital y consecuencia de su carácter excluyente y segregador. Vivir de la calle moviliza recursos, realiza de manera efectiva el encuentro entre el producto y su consumidor y, por supuesto ayuda a generar los mecanismos de un capitalismo criminal basado en las múltiples actividades ilegales que se conectan al contrabando, la trata de blancas, las actividades de blanqueo de dinero, el pillaje y el comercio de bienes robados, y por supuesto, las formas degradadas de explotación del trabajo.

Ahora, vivir en la calle implica una dinámica social, económica e incluso cultural diferente, más compleja, con aristas más finas y múltiples, con implicaciones más profundas en la vida de los individuos. Apelando a una definición clásica, quien vive en la calle debe caracterizarse como una persona, que, sin importar su raza, sexo, o edad hace de ella su lugar permanente de habitación. Al hacer de la calle su lugar de habitación el sujeto construye identidad, es decir forma parte de una estructura social extendida y dinámica con pautas diversas de afecto y dependencia, con mecanismos internos de comunicación y solidaridad, reconstruye o recrea los vínculos familiares o grupales perdidos. La identidad del sujeto se relaciona de manera muy fuerte con actividades económicas qué, bordeando la ilegalidad, incluyen el reciclaje, la mendicidad, el consumo y comercio de alucinógenos, incluso el robo y el atraco. Finalmente, vivir en la calle conlleva prácticas y referentes sociales específicos que van, desde la pertenencia a núcleos o grupos más o menos estructurados, hasta la vida solitaria con un mecanismo relacional esporádico y a veces violento con los otros. La vida en la calle conlleva el estigma, la marginación, el desprecio y en ocasiones el tratamiento violento de una sociedad que ve en quien habita la calle una amenaza, un peligro o un estilo de vida reprochable, irracional, un habitante de calle es un “loco”, un “desechable”.

## Bibliografía

Beltrán Beltrán, Santos “Espacio, territorio y resistencia social”, En Revista de Ciencia Política.

Dobb, Maurice: Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith hasta nuestros días”, siglo XXI, México, 1984

Eckeland, Robert: “Historia de la teoría económica y su método”, McGraw Hill, 1992,

Harvey, David: La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana En: Harvey, David: Espacios del capital. Hacia una geografía crítica, Madrid, Ediciones Akal. 2009.

\_\_\_\_\_ : Capitalismo: la fábrica de la fragmentación. En: Harvey, David: Espacios del capital. Hacia una geografía crítica, Madrid, Ediciones Akal. 2009.

Martin, Victoriano: “El pensamiento Clásico”, En: De la iglesia, Jesús: “Ensayos sobre pensamiento económico”, McGraw Hill, 1993.

Marx Carlos “Prologo a la Introducción a la crítica de la economía política”. Cualquier edición.

Moncayo Cruz, Víctor Manuel. Espacialidad y Estado: Formas y Reformas, Bogotá, 1990.

Montañés, Gustavo: Espacio y Territorios, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 1998.

Montero Pascual, Juan José, “La regulación de la economía colaborativa: Airbnb, BlaBlaCar, Uber y otras plataformas”, Editorial Tirant lo Blanch, 2017. Catalogo BLAA

Novoa Torres, Edgar Alberto: La metamorfosis de la cuestión espacial, UNIJUS, Bogotá, 2010.

Pillet, Félix: “Espacio y ciencia del territorio: proceso y relación global-local”, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.